

BESIO ROLLERO, MAURICIO – SERANI MERLO, ALEJANDRO
Sabiduría, naturaleza y enfermedad. Una comprensión filosófica de las profesiones de la salud, Santiago de Chile, Ed. Universidad Católica de Chile, 2014, 181 páginas

El deseo de saber, y en última instancia, de filosofar, susurra en el alma de todo hombre. Pero en aquellos que siguen el llamado de la ciencia ese anhelo resuena con singular potencia. La historia atestigua el interés de los expertos en las más diversas disciplinas por acceder, siquiera a tientas, a la contemplación de las causas primeras.

Este rasgo se hace más evidente en aquellos que se destacan por la madurez de su conocimiento, que les hace más patente la necesidad de dar el paso hacia los fundamentos y los preserva de la barbarie del especialismo de la que hablaba Ortega y Gasset. Y también se aprecia de manera destacada en ciertos ámbitos de la profesión científica cuyo objeto convida a un preguntar que lo excede. Tal ha sido el caso, a lo largo del siglo XX, de la cosmología, abrumada por el misterio del Universo. Pero desde hace unas décadas, ese interrogante parece haber encontrado un eco ensordecedor en el campo de las ciencias de la vida.

La filosofía y la medicina suelen convivir de un modo fecundo. Nicómaco, el padre médico de Aristóteles, tuvo mucho que ver con la vocación de su hijo por el estudio de la naturaleza, una vocación que salió fortalecida tras 20 años de estudio en la Academia. Avicena fue un eximio metafísico y a la vez autor de un *Canon* que fuera libro de cabecera de muchos médicos. Desde fines del siglo XII las nacientes universidades europeas integraron la Facultad de Teología y la de Artes con las de Derecho y Medicina. Descartes, el padre del racionalismo filosófico, nos ha dejado estudios muy pormenorizados de la anatomía humana, tal vez buscando aquel ignoto lugar donde el alma se encuentra con el cuerpo. Gregorio Marañón y Pedro Laín Entralgo han honrado la filosofía y la medicina españolas. ¿Y qué decir, entre nosotros, de un Favalaro o un Jaim Etcheverry?

Por invaluable cortesía de sus autores me ha llegado a las manos la reciente producción de dos ilustres médicos y humanistas de la hermana república de Chile. Tal como informa la solapa, Mauricio Bello Rollero es especialista en ginecología y obstetricia, investigador en temas de filosofía de la medicina y Director del Centro de Bioética de la Universidad Católica de Chile. Alejandro Serani Merlo, por su parte, se ha orientado hacia la neurología y profundizó sus estudios filosóficos con un doctorado en la Universidad de

Toulouse Le Mirail. Actualmente trabaja en la Universidad de los Andes y es miembro de la Pontificia Academia para la Vida.

En el Prólogo los autores advierten, muy oportunamente, que el interés de las ciencias de la salud hacia lo filosófico no se agota en la problemática de la bioética. Más bien se trata de un abordaje más ambicioso que intenta recoger los frutos sembrados por una rica tradición que, a tono con las tendencias actuales, suscita renovados caminos de diálogo. Al mismo tiempo se plantean los beneficios que promete la iluminación filosófica de los problemas humanos de la medicina actual: «una visión integradora y ordenadora» capaz de transformar la visión de las personas responsables, para que ellas sean las que, a su vez, lleven adelante los cambios que requiere la atención de la salud en nuestros días. El término clave, que recorre todo el libro y le da su fuerza tan particular, es «sabiduría», no como un barniz de «cultura general» sino como contemplación de las causas supremas, en virtud de la cual el hombre se hace capaz de «vivir de modo coherente con lo que piensa y aconsejar a los demás en vistas al buen orden de la sociedad» (p. 14).

El texto reúne escritos de diverso origen, y acaso por eso se ha preferido omitir su numeración correlativa. No obstante, tanto en su temática como en la secuencia bajo la cual han sido dispuestos, se advierte una unidad profunda en el mensaje y el estilo.

En «Invitación a la filosofía» se ofrece una presentación de este saber con un logrado equilibrio entre rigor y llaneza. Además se adentra en el costado existencial de la filosofía, al recordarnos la inclinación espontánea que nos empuja hacia el saber y la relación entre la sabiduría y el buen vivir: «la cuestión fundamental que se nos pide como seres humanos no es vivir fácil o difícil, sino vivir de un modo inteligente, y se vive y se actúa de forma más inteligente cuando se aprehende la realidad de manera amplia y completa» (p. 22). Luego de evocar las inspiradas páginas de *El Principito*, cierra con los versos de Fray Luis de León: «Qué descansada vida la del que huye del mundanal ruido/ y sigue la escondida senda por donde han ido/ los pocos sabios que en el mundo han sido».

En «El arte médico, un saber práctico fundado en ciencia» se desarrollan consideraciones epistemológicas que, una vez más, instruyen al lector con un lenguaje preciso pero ameno. Son prolijamente presentados los rasgos de la ciencia según la tradición de Aristóteles. A continuación se expone la noción de naturaleza como «núcleo original y originante del cual depende el ser de las cosas y el conocimiento que nosotros tenemos de ellas» (p. 30). Este concepto

impregna la visión hipocrática de la medicina, según la cual la praxis de la curación debe encauzarse desde la comprensión de la naturaleza de la persona, de su cuerpo y de su enfermedad. En un contexto realista, la conexión estricta con el orden de las causas no invalida el sentido existencial de la práctica, que debe descender con prudencia y delicadeza hasta el misterio de lo concreto y contingente del individuo. Llama la atención que dos profesionales de elevada reputación en el campo de la medicina, donde los avances técnicos devoran implacablemente todo lo pasado, reconozcan tan abiertamente su estima por una escuela fundada hace 2.500 años.

El apartado que sigue, «Naturaleza y técnica en el pensamiento clásico», reedita una cuestión muy trajinada desde hace un siglo: el sentido cultural del desarrollo tecnológico y su impacto en la concepción de la naturaleza. En la perspectiva clásica, la técnica o el arte eran saberes orientados a «imitar la naturaleza», removiendo los obstáculos que le impidieran alcanzar su finalidad o bien cooperando o supliendo lo que ella no podía lograr. Hasta tal punto se tenía en cuenta la regla de sentido que implica el orden natural, que «cuando la situación del individuo responde a un proceso espontáneo surgido de la naturaleza en su transcurrir normal, o cuando se trata de una enfermedad cuya historia natural es inexorable, la actitud verdaderamente razonable es la de abstenerse de toda acción, ya que interviniendo lo único que conseguirá es agregar sufrimiento y daño al ya existente» (p. 38). En cambio, la nueva ciencia promovió un enfoque dualista y mecanicista del que a su vez se nutre la nueva lógica médica, basada en el empleo de recursos cada vez más invasivos en pos de lograr una victoria pírrica contra las enfermedades (pp. 40-44). Ello invoca la necesidad de «una ética y una filosofía que junto con asumir, en su integralidad, aquello que en la ciencia, la técnica y la filosofía modernas haya de verdaderamente valioso, sean capaces de conectar con el rico patrimonio que el pensamiento clásico venía constituyendo desde los griegos» (pp. 45-46).

En «La experiencia de enfermedad» se ofrece un acercamiento fenomenológico muy ilustrativo que permite visualizar esa tercera dimensión, específicamente humana, que caracteriza la vivencia de los males de la propia salud. En especial se habla de la enfermedad como un intruso que me aparta de mis proyectos, mi trabajo, mis amigos. Recordando a Viktor Frankl, los autores sostienen que «solo un completo reorientamiento intelectual y afectivo puede a la larga superar más o menos completamente este impacto. En otras palabras, una conversión, en el sentido filosófico del término» (p. 63). En este

proceso cumple un rol destacado el acompañamiento del médico, cuya tarea va más allá del acto de curar: él es también resocializador, consolador y, sobre todo, dador de sentido, especialmente cuando comulga con la fe religiosa del paciente.

En «El objeto de la actividad médica» se define a la medicina como el arte de curar. Pero ni el profesional ni el paciente pueden ignorar que, aunque la salud sea un bien natural de alto aprecio, no es el bien absoluto «sino solo una parte, y que en circunstancias excepcionales, este bien puede quedar subordinado a otro fin superior» (p. 71). En efecto, lo propio de todo arte, como en el caso de la medicina, es aplicarse a una obra específica en procura de un bien particular. De lo cual se desprende que la atención médica no puede lograr el bien completo de la persona, ni le corresponde actuar más allá de lo que convenga a la consecución de ese bien pleno. Más adelante, en el texto titulado «El acto sanador» se abunda en esta cuestión, y se menciona expresamente el caso de la eutanasia y el encarnizamiento terapéutico.

Acerca de la eutanasia se trata puntualmente en el capítulo «Cosmovisión, medicina, muerte y eutanasia». Aquí se proponen, al comienzo, dos clases de dilemas: aquellos que tienen que ver con qué hacer, y los que tienen que ver con qué pensar. En el primer caso hay una situación concreta cuya solución genera perplejidad acerca de las diferentes opciones. En el segundo, se trata de evaluar, en términos si se quiere más teóricos, posibles requerimientos como podría ser el caso de la eutanasia. Para resolver estos conflictos los autores ponen en discusión dos modelos. Uno de ellos, la medicina hipocrática, reivindica el principio regulador de la naturaleza, y el rol ministerial del médico, que debe ser capaz de acompañarla en su dinamismo incluso cuando ya no sea posible sostener al organismo con vida. «Ante la inexorabilidad de la muerte, el médico hipocrático, lejos de experimentar frustración e impotencia, adopta una actitud reverencial frente a una naturaleza que en su fuente inagotable de dinamicidad reviste caracteres casi sacros» (p.90). El otro modelo, el de la medicina cartesiana, se respalda en el enfoque mecanicista de la naturaleza que prevaleció desde la Modernidad. De acuerdo con esta perspectiva, «la enfermedad no es más que un desajuste mecánico en principio reversible y al alcance del poder manipulador y transformador de la técnica» (pp. 94-95). En ella, el médico casi se equipara a un ingeniero.

Esta última concepción alimenta la utopía del dominio de la salud, lo cual, por una parte, antepone los actos técnicos de la cura-

ción al trato personal, y por otra, eleva la expectativa y las demandas de los pacientes. Justamente, cuando la tecnología fracasa, irrumpe un estado de frustración que abre las puertas a la eutanasia y el nihilismo. En un contexto hipocrático, en cambio, la medicina asume la responsabilidad de los cuidados paliativos.

Los textos que siguen son de estilo más técnico, y desarrollan ciertos temas centrales de la antropología con indeclinable exactitud y claridad. En ellos puede encontrarse una muy buena descripción de los seres vivos y de sus grados. Los autores aciertan en destacar un enfoque genuinamente filosófico, en el cual se privilegia el todo sobre la parte y la intuición sobre el análisis. En el apartado sobre el alma se distinguen su condición de espíritu y su función vital. Volando con gran criterio en las alturas metafísicas y teológicas, se describe la experiencia personal de lo espiritual y la cuestión del origen y destino del alma, que remite a la causalidad divina.

Hay una ajustada exposición de los estados afectivos y su relación con los niveles de conocimiento y las respuestas motoras. Siguiendo con sus agudas descripciones, el texto permite ver cómo la emotividad puede enturbiar o sesgar el conocimiento. Entre conocimiento y amor no hay circularidad porque ambos remiten a un principio: el deseo natural de saber.

Una prueba de fuego es el capítulo acerca de la voluntad, tema siempre arisco. Besio y Serani lo exponen en línea con la tradición realista y de ese modo facilitan la conexión con el tema de los sentimientos y el que le sigue, referido a la libertad. Es importante la distinción entre facultad y órgano, y la atención que se presta al principio metafísico *actiones sunt suppositorum*, así como la cuidadosa presentación de los conceptos de bien, perfección y apetito.

La cuestión de la libertad pone cierre a este bloque antropológico. Allí parecen confluir todas las discusiones y aspectos parciales que tienen que ver con lo humano. Los autores ofrecen ante todo la distinción entre libertad de espontaneidad (entendida como no inhibición) o de libre arbitrio (que define la capacidad del hombre para ejercer el gobierno de sí mismo). Acertadamente se proyecta esta dinámica de la libertad en el escenario de una realidad que nos ofrece múltiples bienes, pero que siempre convida a una finalidad más elevada. En efecto, «en toda opción humana por un bien, siempre estará presente en menor o mayor grado una consideración que trasciende el atractivo intrínseco de la opción misma que la suscita» (p. 161). Prolongando esta reflexión, desembocamos en la ética como

ciencia que define aquello que hace feliz al hombre y los medios a través de los cuales lo alcanza.

Los dos últimos apartados retoman la problemática de la medicina. El primero de ellos se focaliza en la relación médico-paciente. Dicha relación es entre personas inteligentes, libres y significativas entre sí. Por tal motivo, todo paciente espera conocer su situación, participar de las decisiones y ser el fin principal de la acción médica. Este último punto es digno de ponderación, ya que suele ocurrir que el profesional de la salud subordine el trato con el paciente a un cierto interés científico, docente o de mero perfeccionamiento individual. No se desestima que también el paciente puede reclamar beneficios desproporcionados, pero lo menos que le cabe exigir es «que se lo atienda por el puro y genuino interés que se pueda tener en él como persona» (p. 165).

Hoy prevalece el modelo económico-pragmático, según el cual la relación médico-paciente se asimila a la del proveedor con la del cliente o el usuario. De acuerdo con este modelo se establecen criterios cuantitativos de evaluación de las prestaciones, enfatizando la dimensión empresarial de los centros de salud. Por otra parte, se generan expectativas desmedidas sobre la eficacia de los servicios, reclamando por ellos con el pretexto de haber pagado lo convenido, como si se tratara de un producto más. Finalmente, se crea una imagen desdibujada de la figura del médico, cuyo vínculo personal con el paciente se diluye en la trama burocrática del sistema.

La respuesta de los autores es muy categórica: «ninguna institución, empresa o industria como tales pueden en rigor proveer atención de salud a las personas. La actividad médica es un trabajo personal y personalizado» (p. 168). Y tampoco tiene sustento la pretensión de medir la calidad de la atención con pautas económicas. De ahí el oportuno recuerdo de que «la tradición clásica entendió que la acción abnegada y desinteresada de un profesional de la salud por salvar la vida de un semejante es algo que no tiene precio, y por eso llamó al importe monetario entregado por la atención, honorario, y no salario» (p. 170).

El libro concluye con algunas reflexiones sobre la educación en las profesiones de la salud. Luego de discriminar distintos significados de la palabra «información», se retoma el sentido clásico del educarse, que no es aprender destrezas sino perfeccionarse, lo cual involucra sobre todo a la inteligencia y a la voluntad, y acaba en la virtud como segunda naturaleza. Y no podía haber mejor colofón que un llamado a asumir el perfeccionamiento del médico en la dimen-

sión del amor al enfermo. Porque es el amor el que da su forma última a todas las demás virtudes.

Vale la pena acercarse a la lectura de esta obra en la que dos médicos destacados en su profesión y a la vez tocados por el amor a la sabiduría acuden a ella para iluminar la caverna en la que hoy habita una cultura deshumanizada. Las reflexiones de este libro son un aporte valioso para recobrar el sentido integral de la salud y la profunda vocación de servicio de los que estudian y trabajan por ella.

Oscar Horacio BELTRÁN

SANGUINETI, J. J. *Neurociencia y filosofía del hombre*, Madrid, Ediciones Palabra, ISBN: 978-84-9061-111-1, pp. 391, 2014.

Sanguineti es un pensador aristotélico y tomista que ha sabido siempre apostar a la interdisciplinariedad: en filosofía de la naturaleza, en epistemología, en filosofía de las ciencias y, en este último libro, en las neurociencias. Nuevamente se reedita el clásico problema de las relaciones entre la filosofía y las ciencias, pero esta vez con las neurociencias, las cuales han incursionado en áreas que solían ser más bien reservadas a la filosofía o a la psicología: la percepción, la inteligencia, el lenguaje, las emociones, la conciencia, el yo, las decisiones, las preferencias morales, la estética y la educación. Además, los descubrimientos neurobiológicos, que tienen una proyección de futuro con prestigio notable y confiable, influirían en una nueva imagen del hombre, por lo que se hace necesario concebir una *filosofía de las neurociencias*, comenzando con las cuestiones más fundamentales: la historia de las neurociencias, la persona y su cuerpo, y el ámbito de las sensaciones y las percepciones. El enfoque atenderá al nivel sensitivo que el hombre tiene en común con los animales, buscando analogías pero destacando el modo personal y espiritual del actuar humano.

El libro, en su capítulo primero presenta una *Introducción epistemológica*, abordando: la correspondencia entre la filosofía y las ciencias; el estatuto epistemológico de las neurociencias; el reduccionismo y la relación entre neurociencia, filosofía y experiencia ordinaria. Es a esta última relación a la que apunta la *Introducción*, es decir, que la experiencia común está siempre presente como presupuesto en los filósofos y en los neurocientíficos; que la reflexión filosófica puede dar sentido y profundidad a los métodos neurocientíficos y